

Cuentos de Verano

-2-

Autor: Chema Contreras (José Manuel Contreras)

Ilustradora: Noemí Contreras

Cuentos de Verano

-2-

Los Veranos
de Josema

Chema Contreras (José Manuel Contreras)

© *Chema Contreras (José Manuel Contreras)*

Correo electrónico: losveranosdejosema@josemcontreras.es

<https://www.josemcontreras.es>

Twitter: @TxemaContreras

© Ilustradora: Noemí Contreras

Junio 2018

Dedicatoria

Algunas historias son intemporales, especialmente aquellas que nacen de los sueños y, sobre todo, cuando sus raíces prendieron en la infancia.

Creo que por muchos años que cumpla, mimaré y cuidaré de aquel niño que fui, y que cada día siento latir dentro de mí.

Para todos esos niños o niñas que fueron, y nunca han dejado ni dejarán de serlo, vaya esta dedicatoria. Permitidme, no obstante, que la personalice en la figura de mis hijas, Noemí y Marina, así como en mi ‘niña grande’, Yolanda. Te amo. Os amo.

El Autor

Índice

Los Colores del Otoño

El Lenguaje de las Nubes

Nínfalís, o la Fuerza de los Sueños..... 9

El viaje del agua

Un paseo por las estrellas

Actividades “Cuentos de Verano –2–”

Actividades Los Colores del Otoño

Crucigrama

Haz un Dibujo

Actividades El Lenguaje de las Nubes

Encuentra Palabras Después de la Lectura.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Escribe tu cuento.

Actividades Nínfalís o la fuerza de los sueños

Crea tu poesía, con la ayuda de Nínfalís

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Palabras enlazadas.

Actividades El viaje del agua

Escribe unos versos encadenados

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Busca la magia en las palabras.

Actividades Un paseo por las estrellas

Chema Contreras (José Manuel Contreras)

Completa las frases, después de la lectura.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Busca Palabras Mágicas Después de la Lectura.

Soluciones Los Colores del Otoño

Soluciones El Lenguaje de las Nubes

Soluciones Nínfalís o la fuerza de los sueños

Soluciones El viaje del agua

Soluciones Un paseo por las estrellas

Nínfalís, o la Fuerza de los Sueños

Casi había anochecido, aunque por la ventana aún se adivinaba el anaranjado resplandor del sol ocultándose por el horizonte, cuando vinieron a dar aviso a mi abuelo de que al día siguiente, por la mañana temprano, tenía que ir a Segovia para un asunto importante.

Antes de acostarnos mí abuelo se preparó ropa elegante y sacó de su armario un par de calcetines de lana de color azul oscuro, que guardaban en su interior un zapato negro cada uno. Sacó un paño blanco de algodón, un tanto ennegrecido ya, posiblemente de usos anteriores, de dentro del zapato izquierdo y se dispuso a sacarles brillo.

—Ya has oído Josema —empezó a decirme mientras lustraba sus zapatos—. Mañana he de salir temprano y regresaré a última hora de la tarde. Te puedes distraer dando una vuelta por el pueblo o con tus amigos.

—Tú no te preocupes por mí abuelo. Ya me buscaré alguna distracción —le contesté. Pero me había llamado mucho la atención lo de los calcetines, nunca lo había

visto—. Abuelo, ¿por qué guardas los zapatos dentro de los calcetines? —le pregunté intrigado.

—Pues porque se conservan mejor y así los resguardo del polvo al no usarlos todos los días —me respondió como si fuera lo más natural—. Cuando te levantes —continuó con sus instrucciones—, vas a la panadería de la señora Vitoria a por una hogaza de pan y que te la apunte. Es para después cenar por la noche. A la hora de comer vas a casa de la señora Nati. No te retrases ni la hagas esperar, pues luego le diré que irás a comer con ella.

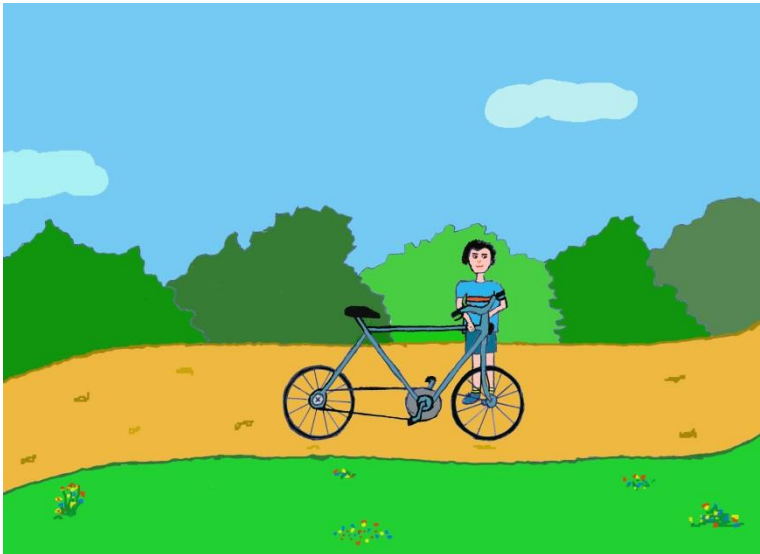
—De acuerdo. Tú ve tranquilo abuelo, que yo puedo encargarme de todo.

—¡Ya lo sé! —añadió sonriendo—. Que descanses.

—Y tú abuelo ¡Buenas noches! —respondí y dándole un beso me fui a la cama.

A la mañana siguiente no escuché a mi abuelo levantarse, tan solo oí como se cerraba la puerta de la calle. Miré el reloj que tenía sobre la mesilla de noche y comprobé como sus manecillas de color verde fluorescente, que podían verse en la oscuridad, estaban las dos juntas hacia abajo, marcando las seis y media. Aunque no hacía frío, me di la vuelta mirando a la pared, me tapé hasta el cuello con la sábana y con una suave colcha de grandes flores blancas que cubría mi cama y me volví a dormir.

Me despertó un alborozo de ruidosos pájaros en el patio. Pensé que hacía poco que acababa de dormirme pero el sol ya entraba por la ventana de la habitación y las manecillas del viejo reloj ya no eran tan fluorescentes y perfectamente pude comprobar como la aguja más larga indicaba hacia el este de la esfera del reloj, mientras la manecilla corta se alargaba hacia el oeste, indicando que ya eran las nueve y cuarto. Me estiré todo lo que pude imitando las agujas del viejo reloj y de un salto, que hizo volar toda la ropa por la habitación, me puse de pie sobre el colchón, cerré las manos y golpeándome sobre el pecho imitando a Tarzán, con un grito que podía ser la envidia del mejor de los imitadores, saludé a la mañana.



Después de ir al baño ordené mi habitación y ya desayunando me puse a pensar de qué forma pasaría la

mañana hasta la hora de comer...; pero no se me ocurría nada. Recogí la cocina y salí a casa de la panadera, la señora Vitoria, a por el encargo de mi abuelo.

De regreso a casa, vi a lo lejos a Eduardo, a Paco y a Carlos que iban montados en bicicleta. Me saludaron con la mano y yo les devolví el gesto. Montaban muy bien en bici y la dominaban como querían. Yo nunca había subido en bici, bueno, de paquete sí, pero nunca yo solo. La verdad es que, aunque nunca lo confesé, me daba miedo. No me atrevía.

Entré en la cocina a dejar el pan y me acordé que en el patio había una bici de mis tíos, de cuando eran más jóvenes y vivían en casa del abuelo. Cogí la bici y salí de casa ¡Por supuesto sin subirme! La llevaba cogida del manillar con la mano izquierda y la empujaba del sillín con la mano derecha, pero ni se me pasó por la imaginación el subirme. Si lo hubiera hecho y me hubiera caído, me hubiera muerto de vergüenza.

Me dirigí hacia las Tierras del Polo, donde sabía que no me iba a encontrar con mucha gente y podría practicar antes de atreverme a hacerlo en público. Ese sería mi reto del día: ¡Aprender a montar en bici! (sin espectadores).

Cuando llegué a mi destino, me puse a la tarea, pero por mucho empeño que ponía, pasaba más tiempo por el suelo que sobre la bici. No conseguía mantener el